

Juan Gelman, una historia argentina

El exilio en Roma, Madrid, París, Nueva York y México, el asesinato de su hijo durante la dictadura y la desaparición (y posterior aparición) de su nieta marcaron su vida

LEILA GUERRIERO

El martes, cuando vi el rostro de Juan Gelman en el noticiero, me pregunté qué nuevo premio le habrían dado porque, en verdad, ya se los habían dado todos. Sólo en los últimos años, y sin ser exhaustivos, había ganado el Juan Rulfo (2000), el Reina Sofía (2005), el Cervantes

(2007). Pero, pocos minutos después, supe que su rostro estaba ahí porque había muerto. Recuerdo vagamente —y vanamente— mi único encuentro con él, después de la entrega del premio Cervantes a José Emilio Pacheco en el paraninfo de la universidad de Alcalá de Henares. Era un día azul, muy tieso. Alguien nos presentó, diciendo

que yo vivía en Buenos Aires, y él, entonces, me preguntó en qué barrio. Aún a riesgo de que pareciera invento tuve que decirle la verdad: en Villa Crespo, donde él había nacido, y, para más ay, a tres cuadras de la cancha de Atlanta, el equipo del que era fanático, que lo nombró socio ilustre en 2006 y que, en el mismo acto, le regaló un tro-

zo de su antigua tribuna. Me preguntó, escueto, lejano, cómo estaba la cancha, mientras fumaba hasta el carozo un cigarrillo y me miraba con unos ojos que parecían, a la vez, alertas, cansados y burlones.

Hijo de un matrimonio de inmigrantes judíos ucranios, empezó a escribir poemas de amor a los nueve, para conquistar a

una vecina: "Al principio le mandaba versos de un argentino del siglo XIX, Almafuerte, pero no me hizo caso. Así que decidí probar yo mismo. Tampoco me hizo caso. Ella siguió su camino y yo me quedé con la poesía". Con la poesía y con la militancia: en 1945, con apenas 15, ingresó a la Federación Juvenil Comunista. En 1975 la organización Monto-



Juan Gelman y su esposa, Mara de la Madrid, el 20 de julio pasado en el jardín de una casa particular en México DF. La foto, inédita, es una de las últimas del poeta. / JAIME NAVARRO SOTO

Desde el fondo de un espejo

En 1964, Juan Gelman dedicó un poema a un niño de cinco años, hijo de su amigo Paco Urondo, escritor asesinado por la dictadura. Aquel niño era Alejo Stivel

ALEJO STIVEL

Conocí a Juan antes de tener uso de razón. Él era el mejor amigo de mi papá, Paco Urondo, eso se traduce en que fue como un tío para mí.

Durante años hubo en mi casa de la calle Venezuela en Buenos Aires un sofá que él eligió para dormir alguna que otra noche. Su voz siempre pausada, grave y a volumen muy bajo, me arrullaba y me inducía al sueño cuando desde mi habitación oía las charlas de mis mayores sobre política, literatura o la vida en general.

Alguna vez también he tenido el privilegio de empezar a soñar abandonando la escucha de su particular manera de decir la poesía. Austera y socarrona.

Tenía una extraña mezcla de ternura y frialdad. Su risa me contagiaba con la fuerte expresión de sus ojos, siempre a punto de salirse de sus órbitas.

También lo recuerdo impertérrito, enfrascado frente a la máquina de escribir (en ese entonces en las redacciones no había computadoras) mientras los chicos jugábamos y molestábamos a todos los periodistas en la redacción del diario *La Opinión*.

Antes de sacar el primer disco de Tequila, yo me empecé (sin éxito) en cambiarle el nombre a la banda. Estuvimos toda una noche buscando un nombre nuevo, hicimos una larga lista y finalmente el nombre que elegimos para volver a desechar y adueñarnos definitivamente de Tequila

'En donde vive Alejo'

En donde vive Alejo
ni en el mar ni en el aire;
en un espejo
cuando se abre la mañana
Alejo sale y
sonríen todas las ventanas
pero él vive en el fondo de un espejo
en el aire, en el mar
todos lo quieren y
lo vuelven a extrañar
pero él vive en el fondo de un espejo
no en el que nos miramos
sino aquel que nos mira
como Alejo

era el título de un poema suyo que se llamaba *Sefiní*. Siempre me he quedado con la espina de aquel posible nombre como homenaje a Juan. Qué gracioso hubiera sido que Tequila se llamara Sefiní.

Cuando yo tenía cinco años, en una de esas temporadas en las cuales él usaba mi casa de refugio emocional o político, me escribió un poema.

Mi madre lo puso junto a una foto-retrato mía, lo amplió, hizo copias, las enmarcó y las repartió entre sus más íntimos amigos. Toda la vida he sentido que ese poema fue mi conexión con Juan para siempre.

A pesar de pasar varias y largas temporadas sin vernos, Juan me saluda cada día desde el otro lado del poema. Desde el fondo de su espejo.

La poesía en español está de luto

neros, a la que pertenecía desde 1973, lo envió al exterior para, entre otras cosas, denunciar los delitos contra los derechos humanos que se cometían durante el gobierno de Isabel Perón. Allí estaba cuando, en la Argentina, se produjo el golpe militar que dio comienzo a la dictadura. Y allí seguía cuando, el 24 de agosto de 1976, los militares secuestraron a su hijo, Marcelo, y su mujer embarazada. Gelman permaneció en el exilio —entre Roma, Madrid, París, Nueva York y México, donde falleció— escribiendo poesía, periodismo y buscando a su nieta (o a su nieto: no tenía forma de saberlo). En 1989, el Equipo Argentino de Antropología Forense encontró los

Hijo de inmigrantes judíos ucranios, con nueve años ya escribía poemas

“El tratamiento para cerrar las heridas es verdad y justicia”, dijo al recibir el Cervantes

restos de su hijo. Once años después, apareció su nieta, Macarena, criada por la familia de un policía uruguayo. Hace unos años, Luis Fondebrider, presidente del Equipo de Antropología Forense, me dijo que, cuando encontraron los restos de Marcelo Gelman, le dieron la noticia a su padre en persona, en Nueva York, donde estaban por otros asuntos. “Me resultó una figura muy intimidante, serio, parco. Nos quedamos a dormir en su casa. Él se quedó toda la noche despierto, leyendo el expediente, y al otro día nos hizo millones de preguntas”. Pensé muchas veces en aquel hombre insomne, hospedando bajo su techo a esos muchachos jóvenes que iban a darle una noticia que era, a la vez, buena y mala. Pensé muchas veces, también, en ese mismo hombre, ya mayor, recibiendo la noticia de que su nieta había aparecido. Y me pregunté, muchas veces, qué sería, para ese hombre, esa patria que producía exilios, ausencias, desapariciones, apariciones a destiempo.

Cuando le dieron el premio Cervantes, dijo, en su discurso: “Las heridas no están aún cerradas, su único tratamiento es la verdad y luego la justicia; sólo así es posible el olvido verdadero”. Ahora, mientras escribo, abro la nota del diario *La Nación*, de Buenos Aires, que anuncia su muerte, y veo, al pie, una leyenda: los comentarios están cerrados debido a la sensibilidad del tema. Se ha muerto un poeta, me digo: ¿cuál puede ser la sensibilidad del tema? Entonces, recuerdo que el 17 de mayo de 2013, cuando murió el dictador Jorge Rafael Videla, la nota que anunciaba su muerte tenía, al pie, la misma frase. Es probable que esa espeluznante repetición, inversa y en espejo, diga más que cien párrafos como estos.

El adiós es un saludo

LUIS GARCÍA MONTERO

Juan Gelman solía advertir que él era el único argentino de su familia. Explicaba así el desarraigo, la experiencia frágil que sostiene la identidad de cualquier decir. Hijo de una familia de judíos ucranios, la historia de su país lo convirtió también en un exiliado. Por eso entendió la pertenencia como un acto de desarraigo. Claro que la soledad fue para él, en compensación humana y literaria, un acto de amor. Todo estaba dicho con los largos silencios de Juan.

Desde la época del grupo El Pan Duro, que fundó en los años cincuenta, su poesía brotó con la voluntad radical de un compromiso íntimo. La política estaba ahí. “A la poesía me obliga el dolor ajeno”, escribió. Pero sabía que las circunstancias exteriores solo alcanzan la verdad del poema cuando coinciden con las circunstancias del corazón. Y como su corazón significaba desarraigo, conciencia de pérdida, su palabra no pudo ser consigna, sino acto de amor y búsqueda del vacío.

Desde el principio quiso ponerlo todo del revés. Su primer libro, *Violín y otras cuestiones* (1956), empezó con un epitafio, una despedida que se convertía en saludo, el adiós como forma de encuentro. Más tarde publicó *Gotán* (1962), un título que le daba la vuelta a la palabra tango para asumir la cadencia de la ciudad en la que había nacido, pero sin acomodarse a ella, tomando conciencia de su existir a contracorriente. Supo entonces que todo es una puesta en duda del original, la invención que persigue una verdad imposible, y por eso presentó su poesía como un ejercicio de traducción. En *Los poemas de Sidney West* (1969) creó la voz de un autor tan norteamericano como figurado. Sí, se trataba de darle la vuelta a todo porque la vida le iba dando la vuelta a él.

Mientras apuraba los grados más altos del compromiso político, perdía a su hijo y a su nuera, desaparecidos de la dictadura argentina, y soportaba las contradicciones de la realidad, ni siquiera quiso encontrar acomodo en el dolor. Necesitaba seguir amando. Cuestionó, partió, retorció las palabras para no dejarlas tranquilas. En *De atrás adelante en su porfía* (2009), lo reconoció así: “Confundirse con otros y / que los otros en tu ser / te hagan inmenso como el mar”. Pocos enamorados tan radicales como Juan Gelman, pocos amores tan profundos como el que él ha compartido con Mara, su mujer.

En este mismo libro, que puso una vez más las cosas del revés desde el título, identificó su palabra con una pala. Exhumaba con ella la realidad. Aunque no confiaba en ninguna esencia, quería anotar las combina-

ciones de sus búsquedas con la tierra. Ahuecarse, llenarse de vacío, era un modo de esperar a los demás, una costosa forma de reinventar la hospitalidad.

Consciente de la muerte, Juan se ha despedido poco a poco de los suyos. A su editor espa-

ñol, Chus Visor, lo llamó para decirle adiós el día antes de su fallecimiento. Si el primer poema fue un epitafio, su despedida debería ser ahora un saludo. Más allá de las palabras, uno quisiera poner también la muerte del revés, y darle una copa y encenderle un cigarro al amigo.



SCIAMMARELLA

Su primer libro, ‘Violín y otras cuestiones’, empezó con un epitafio

Identificó su palabra con una pala: exhumaba con ella la realidad

‘Verdad es’ (el último poema de Juan Gelman)

Cada día me acerco más a mi esqueleto. Se está asomando con razón. Lo metí en buenas y en feas sin preguntarle nada, él siempre preguntándome, sin ver cómo era la dicha o la desdicha, sin quejarse, sin distancias efímeras de mí. Ahora que otea casi el aire alrededor, qué pensará la clavícula rota, joya espléndida, rodillas

que arrastré sobre piedras entre perdones falsos, etcétera. Esqueleto saqueado, pronto no estorbará tu vista ninguna veleidad. Aguantarás el universo desnudo.

Juan Gelman le entregó en México a Joaquín Sabina en secreto, como dice el cantante y poeta, este poema inédito sobre los últimos tiempos de su vida, sobre lo que se avecinaba. Es un testamento conmovedor en el que no falta el hondo humor, cabal, del poeta que acaba de morir. Se lo dedicó a Sabina, escrito a mano.